

CAPITULO IV.

En que se trata de las relevantes virtudes
del V. P. Margil, declaradas últimamente heroicas por la
Santidad del Sr. Gregorio XVI. Desírense
tambien algunos prodigios con que el Señor
honró á su gran siervo.

FORDINALAMENTE, la fé es la primera de las virtudes. Ella es una luz que descende de Dios, para iluminar nuestras almas. Es una gracia con que la bondad divina nos enriquece; y esta gracia como todos los demas, se aumenta á proporcion que se corresponde á ella.

El V. P. Margil supo corresponder con mucha perfeccion á la gracia de la fé, y esta apareció en su alma con una viveza é intensidad superior á la fé comun.

No contento con poseer esa divina prececa, procuraba participar de ella á las almas envueltas en las tinieblas del error.

El V. P. era un foco luminoso que aparecía en el mar del mundo para guiar á muchas almas.

Era un sol radiante destinado para brillar en los sombríos desiertos en que estaban sentadas, en las sombras de la muerte, generaciones mil.

La fé de este admirable apóstol arrancó de base el error, para arrojarlo en un mar profundo de cuyo fondo no volvería á salir.

No fué menos su esperanza que su fé. Firme como el apóstol de Manresa, trabajaba por la salud de las almas, con suma confianza de la superabundante retribucion que el Señor promete á sus obreros.

En todas sus empresas evangélicas, en todo lo que pertenecía al alma y al cuerpo, siempre esperaba todo del Señor.

¿Y qué diremos de su caridad? ¡Ah! el V. P. Margil era un Etna, un Vesubio, un Popocatepelt; un volcan inextinguible de caridad, de amor de Dios y del prójimo.

Esa caridad lo arrancó del seno de su familia para llevarlo al fondo del claustro: esa caridad lo arrebató de su patria y lo hizo volar á los desiertos de América, en busca de la salvacion de sus hermanos: esa caridad lo impelia á salir del dulce retiro del monasterio y de las delicias de la vida contemplativa, para emprender la laboriosa y difícil de la conversion de los pecadores é infieles, y hacer brillar la gloria del Señor desde las plazas de las ciudades populosas, hasta el fondo de las barrancas mas ignoradas, fragosas é intransitables, y hasta la cima de inaccesibles montañas.

La caridad es en la dignidad, y en cuanto á lo necesario, útil y fructuoso, la primera virtud; y tanto, que sin ella nada valen los demas.

Esta virtud era el móvil de los pensamientos, de las palabras y de las obras del inmortal P. Margil de Jesus.

Los incendios de esa caridad fueron acaso los que lo hicieron aparecer muchas veces bañado de vivísimos destellos, los que indicaban que estaba entregado á las delicias de la contemplacion y de la oracion ardiente que dirijia á Dios.

La devocion es un resultado necesario de la caridad, y puede decirse que se identifica con ella. Siendo tan grande la caridad del V. P. ya se deja ver, que grande, muy grande fué en él la virtud de la devocion.

Ardia constantemente en el amor de Jesucristo y de su Santísima Madre, con una devocion fervorosa, que habria admirado á los mas grandes santos.

Desde niño gustó las suavidades celestiales del Sacramento que es el dulce maná de las almas santas.

Esa devocion creció asombrosamente, y por ella mereció ver muchas veces á Nuestro Divino Salvador, que se le presentaba visiblemente, sin las sagradas sombras del Sacramento.

El R. P. Fr. Francisco de S. Estevan Andrade, citado por el P. Vilaplana, dijo en su sermon de los funerales que se celebraron en Guatemala, que el V. P. Margil, tuvo muchas veces la felicidad de gozar visiblemente de la presencia del Señor, que en forma de tierno niño

venia á el, como en otros tiempos a los brazos de Gertrudis, de Antonio de Padua y de otros grandes santos á quienes se les concedió tan grande y envidiable favor. Esto mismo aseguró tambien la muy respetable Madre Abadesa Sor Micaela de la Concepcion, fundadora del convento de Sta. Clara de Guatemala.

La devocion fervorosa y tierno amor que nuestro gran Misionero tuvo á la Santísima Vírgen, solo puede comprenderlo el Señor que dotó á esa alma privilegiada, con tan grande é inestimable don.

Amó á la Reina de los cielos, con todas las potencias de su bendita alma, con todos los afectos de su puro y bendito corazon.

La Santísima Vírgen era, despues de Dios, toda su delicia, toda su esperánza, todo su consuelo, todo su amor!

Glorioso Padre Margil de Jesus: ¡quien te imitára! Dá una limosna de ese tesoro, por amor de Dios, al que te ama con ternura y escribe estos pequeños rasgos de tu vida. Dale una limosna, por Jesus y María.

La Santísima Vírgen que es un mar de amor; que ama á los que la aman, y que tiene sus delicias en estar con sus devotos, correspondia con mil ternuras el amor del Venerable Padre.

A la respetabilísima Señora Doña Ana Guerra, muy favorecida del Señor, se le apareció la Santísima Vírgen llevando al V. P. Margil en forma de niño de nueve á diez años, y diciendo que desde aquella edad su hijo Antonio le habia servido y amado con ternura, y

por este amor conservado un invariable candor y pureza de su alma; mediante la enseñanza que la misma Santísima Señora le dispensó.

No hay que dudar que las visitas de la linda y preciosísima Vírgen, fueron frecuentemente hechas á su gran siervo, y sus conversaciones muy cariñosas. Asi lo sabe hacer la que es encanto de los cielos, con las almas que le dan su amor.

La prudencia del V. P. fué asombrosa, desconfiaba siempre de su propio juicio y consultaba el ageno, meditaba todas las cosas con madurez y circunspeccion; y sobre todo, recurria á Dios por medio de la oracion, así en los negocios propios como en las consultas que se le dirijian por otras personas.

La virtud de la justicia resplandeció mucho en el Venerable misionero, trabajaba por la causa de Dios, dando á Dios lo que era de Dios, al Cesar lo que era del Cesar y al prójimo lo que le pertenecia.

Su fortaleza lo hacia un héroe cristiano, un atleta del Evangelio, un varon fortísimo. Esa virtud lo llevaba animoso á las tareas mas árdúas del santo ministerio, á los desiertos espantosos y á los peligros inminentes de morir entre las tribus salvajes.

Su templanza era edificante, vivia siempre abrazado de la mortificacion, de la pobreza y de una sobriedad asombrosa.

Su humildad fue tanta, que acostumbraba firmar su

cartas con esta frase: *la misma nada*, Fr. Antonio Margil de Jesus (1).

Referiremos algunos casos en que resplandeció su obediencia, y humildad.

Predicando en una iglesia del Obispado de Nicaragua, una persona caracterizada le interrumpió su discurso y lo llenó de desprecios. El V. P. se bajó del púlpito y fué á besar la mano, con sumo respeto y humildad, al que en público lo habia avergonzado y ofendido.

En cierta vez que entraba en una poblacion, fué recibido con multitud de aplausos; pero el cura se opuso á esas demostraciones de alegría y de veneracion, y dijo al concurso: «¿Acaso habeis salido á encontrar á este padre, por que creis que es santo? Los santos son Sto. Domingo, S. Francisco, este es un hipócrita que engaña al mundo. El humildísimo Fr. Antonio oyó con calma ese desprecio sin darse por entendido y sin faltar á las consideraciones que le debia al párroco.

En otra vez que conversaba con un amigo secular, este le pidió un polvo; y el V. P. con suma humildad y gracia, inclinando la cabeza, le dijo: *todo yo soy polvo, tome vd.*

En la virtud de la paciencia fué asombroso. El P. Vilaplana asienta que jamás se impacientó con persona alguna, ni le pusieron triste los mas insuperables trabajos, ni se contristó por inopinadas contingencias, ni se escandalizó por el mal proceder del prójimo, ni mostró ademán de flaqueza.

(1) Tengo la dicha de poseer una carta original del V. P.

Estando una vez en la ciudad de Guadalajara empeñado en apaciguar algunas discensiones, fué á visitarlo un personaje muy notable, diciéndole que estaba escandalizado de aquellas públicas perturbaciones de la paz. El bendito Padre le respondió con suma calma: no pierda vd. la paciencia, ni la paz del corazón, y verá como no se escandaliza. Acuérdesese de lo que dice David: *Pax multa diligentibus legem tuam, et non est illis scandalum.*

Se gloriaba, como el Apóstol, en toda suerte de tribulaciones.

Fué muy amante de la mortificacion y ejercicios corporales de penitencia, como otro Pedro de Alcantara, y esa austeridad era tanto mas admirable en cuanto iba unido al trabajo continuo del confesonario y del púlpito.

Sus disciplinas eran frecuentes, y frecuente el uso de cilicios y alambres ó cuerdas.

Su vida era un continuo ayuno, y muchas veces, principalmente cuando misionaba, sus alimentos eran yerbas silvestres ó raíces amargas.

Pueden numerarse entre sus penitencias, sus largas y penosísimas expediciones, pues viajaba á pié muchos centenares de leguas, sin vagaje, sin bastimento, expuesto á las intemperies, al desabrigo y á toda clase de privaciones, abnegaciones y penalidades inauditas.

¡Cuántas veces, dice el P. Vilaplana, le cogió la noche en vastas soledades, al arrimo de los peñascos ó de los tortuosos troncos de los árboles, hecho víctima generosa de sufrimientos y gloriosa emulacion de los Macarios,

Zocinos, Onofres y otros de los mas famosos héroes que habitaron los desiertos de Egipto y la Palestina!

Algunos muy respetables padres de la compañía de Jesus, que conocieron á Fr. Antonio, solian decir: el P. Margil ha andado desde México hasta Guatemala á pié, y con esto basta para tenerlo por santo.

Con lo expuesto hasta aquí se deja ver cuál seria la exactitud con que este modelo de religiosos observaria la admirable regla de su órden.

La vida de los hijos del Serafin de Asis debe ser una continua imitacion de aquel Señor que se dignó estampar las insignias de la Redencion en el Santo Fundador de los Menores. Fr. Antonio Margil fué un digno hijo del Santo Patriarca, un imitador fiel de Jesucristo; de suerte que podia decir: no soy quien vivo, es Jesucristo quien vive en mí.

Los votos, que son la esencia del religioso, fueron observados por el V. Varon con admirable exactitud: su pobreza fué suma, esto es, no solo aquel despreñimiento que forma á los pobres de espíritu; sino el despego y renuncia total de la posesion material de la mas leve cosa. En el largo tiempo de catorce años que en compañía de su inmortal compañero Fr. Melchor, trabajó en la mision de las ásperas montañas, eriales y bosques de Guatemala, no tuvo sino el uso del pobre sayal, un miserable pañuelo de tosca lana, un despreciable baston, un crucifijo y su breviario.

Cuando vivia en los monasterios, siempre admiró por su pobreza absoluta.

Esta pobreza llamó la atencion, no solo de sus dichosos hermanos, sino aun de algunos altos personajes. El Illmo. Sr. Dr. Fr. Nicolás Delgado, Obispo de Nicaragua y Costa Rica, quedó tan edificado al ver el roto y despreciable hábito del V. P. que hizo propósito de mantenerse toda la vida con el hábito con que habia recibido la consagracion. El Illmo. Sr. Obispo de Comayagua y Honduras, al observar la pobreza de los alimentos de Fr. Antonio, no quiso otras viandas que frijoles y tortilla; y esto sentado en el suelo. El Sr. Lic. D. Francisco Valenzuela, persona muy notable, quedó lleno de asombro al observar que el bendito Padre, cuando entraba á los desiertos de Nicaragua, no quiso llevar ni un alfiler para sacarse las niguas, que son unos insectos muy dañinos que al picar se quedan en el cutis y causan inmenso daño.

La obediencia de este Varon ejemplar imitaba mucho á la del Seráfico Padre San Francisco; ó mas bien dicho á la del Divino Maestro de los hombres, que humillándose á sí mismo se hizo obediente hasta la muerte.

Cuando se veia constituido Prelado de algun Colegio, procuraba ingeniosamente buscar superior á quien ren dir obediencia, y así hacia consultas, proponia dudas y buscaba de mil modos, ocasion de practicar la obediencia respetando el juicio y voluntad de otros.

Cuando hacia su última entrada apostólica hácia la Ta-

Yamanka, le llegó la orden de que se volviese para el colegio de Guadalupe, y al instante de recibirla, retrocedió sin haber dado un paso adelante; luego que resonó en sus oídos la voz de la obediencia.

Veía á los superiores como los representantes de Dios, y los obedecía con una santa ansiedad y prontitud.

Estaba profundamente resignado en la voluntad divina. Referimos una prueba asombrosa que dió de esta santa conformidad: los religiosos del colegio de Cristo crucificado de Guatemala, le escribieron en cierta ocasion, manifestando grandes deseos de que fuera á visitarlos; y les contestó diciéndoles: digo en presencia de Dios, que mi corazón no está puesto, ni en la Nueva-España, ni en Guatemala, ni, á mi parecer, en criatura alguna; sino solo en su Magestad, á quien ruego me tenga donde fuere su Santísima voluntad; pues hasta ahora, por su gracia y misericordia, así ha sido. Cuando me quiso en Querétaro, me tuvo en Querétaro, cuando me envió la primera vez á Guatemala; me tuvo catorce años en compañía del V. P. Fr. Melchor. Otra vez me volvió á Querétaro, y otra vez de Querétaro á Guatemala, y de Guatemala á este colegio de Zacatecas. Aquí haré lo que quiere, pues no deseo otra cosa, sino hacer su Santísima voluntad.

Su pureza fué de un Gonzaga.

A un religioso que admiraba esa bella virtud del V. P. le dijo este: no se espante V. R. ese es un privilegio

que el Señor me ha concedido, porque desde la edad de siete años estoy en brazos de Cristo Crucificado.

¿Pero qué virtud no resplandeció en este justo? Todas brillaron en su alma inocente, y brillaron como las hermosas estrellas en la bóveda celeste.

Y sobre tantas virtudes, el Señor se dignó concederle muchos dones sobrenaturales; tales, como una ciencia profunda, una sabiduría sublime, un entendimiento ilustrado por las luces del Divino Espíritu, el don de Consejo, el de Fortaleza etc., etc. ¡Un volumen en folio seria necesario para detallar esas sublimes gracias celestiales con que fué enriquecido ese gran siervo del Señor!

Mas de tan grandes virtudes, de tantos dones y tan eminente santidad, nos darán la mejor idea algunos sucesos milagrosos con que el Señor quiso honrar á este su amado siervo.

En la ciudad de Guatemala se enfermó gravemente una persona notable, y faltándole el habla para confesarse en aquel inminente peligro de morir, otra persona dijo al V. P.: ¿Es posible, Padre mio, que este hombre muera sin confesarse? El V. P. Margil respondió lleno de fe: no, Señor, Dios le volverá el habla. En efecto, fué así, el enfermo pudo hablar para recibir el sacramento de la Penitencia, y luego volvió á perder el uso de la voz.

En la misma ciudad de Guatemala, habiendo muerto una niña, lloraban sin consuelo sus padres ante el frio cadáver de su hija. Llegó el V. P. Margil, y á imitacion del Salvador, cuando resucitó á la hija de Jairo, di-

jo á los afligidos esposos: no tengais cuidado, la niña descansa. Luego se puso á rezar el rosario con todas las personas que habia presentes, y al concluir entonó una devota cancion, la cual concluida, el V. P. se dirigió al lugar en que estaba el cadáver, y le dijo: Ea, María, ya basta, ven de donde estás. Mas el cadáver permanecia inmóvil. Ea, María, repitió el Santo Padre, ven de allá para acá. La niña permanecia muerta. Mas llamándola el siervo de Dios, por tercera vez, se levantó viva con inexplicable asombro de los circunstantes.

Pasando el V. P. por una hacienda de la ciudad-Real, en cuyo obispado era muy conoecida su fama de santidad, ciertos labriegos quisieron mofarse de él, y al efecto hicieron que uno de ellos se fingiera enfermo, se recostase en una gran piel y se cubriera con una manta. Al llegar el V. P. le dijeron que se dignara confesar á aquel enfermo. Ya está muerto—respondió el Santo misionero, y prosiguió su camino. Aquellos hombres no creyendo al V. P. le hablaron al finjido enfermo para que se levantara, y lo hallaron muerto.

Vivia en Zacatecas una Señora viuda, con tres hijas doncellas, y una casada con un escribano público, que era quien mantenía á toda la familia. Ausentose este, por exigirlo así graves negocios; y habiendo pasado un año sin que regresara, la señora y las hijas estaban afligidas, y mas cuando se les aseguró que el escribano habia muerto. En tan grande afliccion, se presentó en la casa del V. P. y con suma jovialidad dijo á la familia:

Vamos, locas, consuélense, mañana llega el ausente. Dénle gracias á Dios.—En efecto fué así, al dia siguiente llegó el escribano, como lo habia predicho el V. P. Margil.

Mas seria largo referir los prodigios que Dios obró en favor de este su siervo. Solo diremos en compendio, que fué dotado con el don de milagros, con el de profecia, con el don de dar salud á los enfermos, de resucitar á los muertos, con el de discrecion para dirigir á las almas; en suma, quizá no hubo gracias de las que los teólogos llaman *gratis datas*, que no fuera concedida á nuestro V. P. Margil de Jesus.

Queremos concluir nuestros rasgos biográficos, con una oda, que en honra del gran misionero, compuso el Sr. Lic. D. José M^a Moreno, y se imprimió hace algun tiempo, en Querétaro. Esa sublime composicion es un compendio, á mas de un elogio, de la vida del V. P.

La descripcion que hace dicho Sr. Lic. en su composicion, de la brillante ascension á los cielos, del V. P. no es una cosa imaginaria, sino que de hecho la vió así una alma santa, en un éxtasis celestial, al tiempo de morir el inmortal P. Fr. Antonio. Hé aquí la elevada epopeya.

A donde voy? ¿qué génio me arrebató
Y me hace atravesar fúlgida nube?
¿Quién mi espíritu ensancha y lo dilata?
Quién me oferta la lira del querube?
Soberbia presuncion, no tu veneno
Derrames en mi seno.

Mintiendo inspiracion fuerte y sagrada.
 No quede mi alma ardiente emponzoñada
 A tu contacto impuro;
 Y con vuelo inseguro
 Se remonte hasta el cielo
 Para caer en el fangoso suelo.
 No me alucines débil poesia,
 Que el metro me huye, y lánguidos sonidos,
 En vez de los torrentes de armonia
 Que encantasen del hombre los sentidos,
 El arpa herida trémula despide
 Y en mi concepto, ni los tiempos mide.
 ¿Mas no podrá el amor versos dictarme?
 ¿La admiracion y el entusiasmo ardiente,
 En que siento abrasarme,
 No podran encender mi débil mente?
 ¿Desistiré cansado y sin aliento
 De continuar el comenzado intento?
 No, cobarde no soy; y alzando el vuelo,
 Cual águila que al sol contempla osada.
 Me lanzo al alto cielo:
 Y de hito en hito fijo la mirada
 En el grande Margil, el sin segundo,
 Terror del Orco, admiracion del mundo.
 Serafin mexicano,
 Clávame una mirada, y en tus ojos
 Beberé inspiracion, beberé amores:
 Toque mi corazon tu sacra mano
 Y arder lo harás; y entónces con arrojios
 Santos, y de tí dignos, tus loores
 Cantaré en himno dulce melodioso
 Y en verso grave, rico y armonioso.
 Gigante del Aztlan, ¿qué es lo que quieres?
 ¿De donde vienes! ¿Donde vas? ¿Los mares

Y sus borrascas y furor prefieres
 A tus quietos hogares?
 Asombroso campeon, apóstol santo,
 ¿Quién ha llagado tu alma en amor tanto?
 ¿Quién fuego tan voraz en tu alma enciende?
 ¿Quién de tu patria España te desprende?
 «El amor. Almas busco: y ni torrentes
 Espumosos, ni montes encumbrados,
 Ni yermos dilatados,
 Ni arenales hirvientes
 Me podrán detener. Ardo en amores
 De mi Dios y mi prójimo; y ante ellos
 ¿Qué son del hombre inicuo los furores,
 Y qué de Satanás los siete cuellos?
 La calcinada roca
 Yo pisaré con la desnuda planta
 Y venceré del monte la agria cumbre.
 Del turbulento rio la furia loca
 Mi corazon intrépido no espanta:
 Ni del sol tropical la viva lumbre,
 Ni el indio flechador, ni su fiereza
 Ni toda entera la naturaleza.»
 Pues bien: si buscas almas y tu celo
 Te abrasa el corazon, ahí tienes almas;
 Ahí está Yucatan: pisa su suelo
 Donde te esperan victoriosas palmas
 Y arduos trabajos. Ahí estan en seguida
 Guatemala florida;
 Ya te aguardan los Choles, los Terrabas,
 Talamancas, Mancheles, Lacandonés
 Y otras innumerables tribus bravas
 De feroces sangrientos corazones.
 El hambre, la miseria, la fatiga,
 La emponzoñada flecha que da muerte

Todo te amaga: tierra es enemiga
 La que vas á pisar, aunque por suerte
 Te concede por sócio tu destino
 A Melchor López, el varon sublime,
 Su grata compañía
 No evitará tus dolorosas penas:
 Ni las duras cadenas
 Que ya os prepara la barbarie impía,
 Ni de la muerte el áspero semblante
 Que os ofrece á la vista á cada instante.
 Y los santos campeones
 Huellan aquellas bárbaras regiones
 En donde Satanás es adorado
 En lugar de Jesus crucificado.
 Empero ellos sin miedo
 Predican, instan, claman,
 Al Redentor proclaman
 Por el único Dios; y con denuedo
 Y con ardiente esfuerzo infatigable
 Y brazo poderoso
 Derrocan de Luzbel el trono odioso
 Estirpando su culto abominable.
 Victoria por la Cruz. Ya prosternados
 Están ante ella miles de salvajes
 Que en respetos convierten los ultrajes
 Y en dulce amor los odios exaltados.
 Victorias por la Cruz. Los lobos crueles
 En ovejas se miran convertidos,
 Y á Jesus sometidos
 Cuarenta mil infieles
 El corazon le ofrecen respetuosos
 Y le cantan cien himnos ardorosos.
 Victoria por la Cruz, que ya el demonio
 Mira su altar deshecho

Por el fuerte Melchor y el bravo Antonio.
 Y viendo á su despecho
 Los sacrílegos ritos abolidos,
 Lanza en su rabia horrendos alaridos;
 Mas tiene que doblar la altiva frente
 Ante la Cruz sagrada y refulgente.
 Árboles doblegaos. Cortad sus armas,
 ¡O Neófitos dichosos!
 Cortad flores, no pálidas retamas,
 Y acompañad fervientes y amorosos
 A esos santos varones,
 Vuestros padres en Cristo y sus campeones.
 Y así lo hacen y llenos de alegría
 Miles de ramos cortan á porfía;
 Y son en tan gran número; son tantos
 Los indios que acompañan á los santos
 Que al parecer las selvas caminaban,
 Los bosques presurosos los seguían,
 Los montes á sus plantas se humillaban
 Y los llanos bajo ellas florecían.
 Y así antes de Tabasco en las p.aderas
 Los suelos alfombrados con esterás,
 Y los salían á recibir con flores
 Y con perfumadores
 Los indios á millares,
 Entonando dulcísimos cantares.
 Mas ya Dios de tu santo compañero
 Te separa, y tú inclinas la cabeza,
 Sofocando en el pecho la terneza
 Y el amor verdadero
 Que te inspiraba sócio tan virtuoso.
 Y ya pisas de México espacioso
 Los opulentos lares,
 Donde, sol nuevo, en vivo reverbero

Alumbrará sus gentes,
 Convirtiendo en paraiso sus hogares
 Y en santos á los hombres delincuentes.
 Mas dónde voy? qué intento?
 ¿Puede en mi mente osada y altanera
 Caber el atrevido pensamiento
 De narrar tu apostólica carrera?
 No, gran Magil: la musa desfallece
 En tan grandiosa empresa, se entorpece
 El génio, el ardor poético se apaga;
 La sacra inspiración helada muere;
 Y en vano el vate su arpa de oro hiere:
 Nada halla que su mente satisfaga,
 Cede vencido, de dolor suspira
 Y el débil canto en su instrumento espira.
 La fama canta en su clarin sonoro
 Que ocho mil leguas con los piés desnudos
 Anduviste ¡Oh Margil! no en busca de oro
 Y sí de pecadores é indios rudos.
 Seguidlo si podeis en su carrera,
 Los que escuchais mi verso numeroso;
 Ved cual cruza como águila ligera
 Ancho espacio en su vuelo magestuoso.
 Y ni de Yucatan el clima ardiente,
 Ni de Tabasco el enfermizo suelo,
 Ni las ágrías montañas encumbradas
 De Guatemala, ni la arena hirviente
 De cien provincias, ni el agudo hielo
 Y las sierras nevadas
 De Zacatecas, ni el pavor intenso
 Que derrama en el alma el yermo inmenso;
 De Tejas, ni sus fangos, ni sus rios
 Pudieron detener los nobles brios,
 Ni por solo un instante,

De este sublime intrépido gigante.
 Y ora sea de Querétaro prelado,
 O funde de Jesus crucificado
 En Guatemala el misional colegio,
 O vuele á Zacatecas y edifique
 En Guadalupe el claustro venerable,
 Siempre ansía mas y mas su ánimo egrega
 Nada basta á su espíritu incansable.
 Y por mas que el trabajo multiplique
 Nada domeña su constancia rara,
 Que si dado le fuera
 Cien claustros á Jesus edificara,
 Y á sus piés todo el mundo le pusiera
 Para que convertido le adorara.
 O virtud! virtud sacra! fuego intenso
 De caridad que inflamas
 A los santos varones ¡en tus llamas
 Quien se abrasara, y en deleite inmenso
 El corazon, de blando amor llagado,
 Lo ofreciera á su Dios crucificado!
 Tal lo ofrecia Margil, que ora elevara
 Orando el Sumo Bien el ruego ardiente,
 Ora con voz de trueno predicara
 Causando hondo terror al delincuente,
 Y ora lo confesase y perdonara
 En el nombre del Dios omnipotente,
 Siempre, siempre á Jesus él le ofrecia
 El corazon que en dulce amor ardia.
 Si los idion.as de la tierra entera,
 Si sus lenguas una á una
 Un hombre hablara, ó sin señal alguna
 Exterior sus ideas comunicara
 Como el ángel: empero careciera
 De caridad, nada era;

Y al metal imitara
 Que suena y la campana que retiñe.
 Y si fuera profeta, y si supiera
 Cuantos misterios en sus hojas ciñe
 La sagrada escritura y toda ciencia;
 Si fuera de su fé tal la excelencia
 Que los montes excelsos trasladase
 Y á otro lugar mudara en un momento,
 Sin caridad nada era. Y si gastase
 Sus bienes todos, para dar sustento
 A los pobres y para ser quemada
 Entregase su carne con aliento
 Al verdugo inclemente,
 Sin caridad le aprovechaba nada.
 La caridad es paciente,
 Benigna es, no envidiosa,
 No obra ni crece precipitadamente
 Y á ser soberbia ó vana no se atreve.
 Ella no es ambiciosa,
 No busca sus provechos, no se mueve
 A ira, no piensa mal, gozo no lleva
 Al ver la iniquidad;
 Pero se goza siempre en la verdad.
 Todo lo sobrelleva,
 Todo lo cree, todo lo espera y todo
 Lo soporta y jamás ella fenece.
 La profesía perece,
 Y el don de lenguas, y del mismo modo
 La ciencia, y aun la fe con la esperanza;
 Mas no la caridad que es mayor que ellas.
 Pues quien ver y gozar á Dios alcanza,
 Quien pisa del Olimpo las estrellas,
 No cree porque ya ve; y nada espera
 Porque lo poseé todo; mas siempre ama:

Ama á su Dios en perdurable llama,
 Ama á su Dios en inexausta hoguera.
 Tal lo amaba Margil; y al fuego intenso
 Que su pecho devora
 Estrecho le parece cuanto dora
 El sol con sus fulgores,
 Estrecho el globo estenso
 Animado de tantos moradores,
 Y estrecho en fin el mismo cielo inmenso.
 Venid, Venid, celícolas cantores,
 Y el himno triunfador de polo á polo
 Resuene en vuestras arpas, ya que solo
 A vosotros es dado
 Cantar á un Serafin, de amor llagado.
 ¿Quièn es el hombre que en el santo coro
 De la cruz de Querétaro del suelo
 En giros circulares se alza al cielo
 Cual si moviese blandas álas de oro?
 Es Margil. ¿Quièn á tantos penitentes
 De idiomas diferentes
 Confiesa, y lo comprenden y él á ellos?
 Es Margil. ¿Quièn terrible alza los seños
 Del libro del futuro y profetiza,
 Y al impío pecador aterroriza
 Y al justo alienta? Es Margil. ¿Quièn sana
 A los enfermos, y á la negra muerte
 Su presa arranca? Es Margil. ¿Quièn fuerte
 Lucha con Satanás, lo vence y postra?
 Es Margil. ¿Quièn arrostra
 Con ánimo sereno
 De la envidia el cruel diente y su veneno?
 Es Margil. ¿Quièn sufriendo mil dolores,
 Vestido de silicios punzadores,
 Y en extrema pobreza

No desmiente su heróica fortaleza
 Y la paz que hay en su alma nunca pierde?
 Es Margil. ¿Quién compone disenciones
 De los hombres mas fuertes y potentes,
 Y trueca con palabras, elocuentes
 Sus airados y fieros corazones
 En altares de paz y de concordia,
 Lanzando al hondo averno la discordia?
 Es Margil. ¿Quién en ala presurosa
 De la santa ebediencia
 Abandona la mies rica y copiosa
 Que Guatemala ofrece á su gran celo,
 Y retrocede en viva diligencia
 Sin dar un paso mas en aquel suelo,
 Dirigiéndose á México al instante
 Que la órden recibió de su prelado?
 Es Margil. ¿Quién acude apresurado
 A auxiliar á su madre agonizante
 De Guatemala á España,
 Y cruza en un momento en raudó vuelo
 Quanto espacio hay del uno al otro suelo?
 Es Margil. ¿Quién la hazaña
 Hace de penetrar en el convento
 De San Francisco en Nicaragua hermosa
 Con las puertas cerradas, con violento
 Asombro del prelado que lo via?
 Es Margil. ¿Quién con faz dulce y radiosa
 En ocasiones varias se ofrecia
 A los ojos que atónitos lo admiran?
 Es Margil. ¿Quién, bien llueva, ó bien cru-
 (zando
 Anchos rios no se moja así asombrando
 A cuantos lo contemplan y lo miran?
 Es Margil: es el hombre sin segundo,

Es el apóstol del azteca mundo.
 Gloria, gloria á su nombre! y que los vates
 En poéticos combates,
 Celebren á porfia
 Su santidad en célica armonía!
 ¿Pero por qué mi musa se entristece,
 Y por qué su arpa lánguidos sonidos
 Arroja, cual los lúgubres tañidos
 De campana que suena y estremece
 El corazon mas fuerte y denodado?
 Ay que ya veo á Margil flaco, estenuado
 El rostro macilento,
 Y de sus muchos años agobiado,
 Marchad con paso lento.
 De Querétaro á México lo lleva
 La obediencia, y de su ánimo esforzado
 Da y de su gran valor la última prueba.
 La enfermedad lo agobia; y él la vida
 Va derramando en el camino largo;
 Mas del cáliz amargo
 No rehusan sus labios la bebida;
 Y espirante el gran héroe y moribundo
 Al emporio llegó del nuevo mundo.
 Ay de Anáhuac! ay! que ha decretado
 El Todopoderoso
 Arrebatarle su campeon glorioso.
 ¿Y no te mueven ¡ó mi Dios! los rios
 De lágrimas que vierten tantas almas,
 Que por su vida piden, y las palmas
 Que á tí levantan y sus ruegos pios?
 ¿De tus vírgenes santas enclaustradas
 El suspirar desoyes?
 ¿Sus plegarias no oyes
 Y en el suelo las dejas postradas?

Pues atiende siquiera á la hostia pura
 Que á tí levanta el sacerdote santo,
 Cual tú, ella vale tanto:
 Déjate ya ablandar. Salva á tu hechura,
 Salva á Margil.... O pena! ¿y nada escucha
 El Dios inexorable?
 ¡Su decreto terrible es inmutable,
 E inútil es nuestra piadosa lucha?
 Inútil es. La muerte su guadaña
 Alza; pero al mirar alma tan noble,
 Siente piedad, y su piedad estraña.
 Duda, vacila, su furor ignoble
 Del todo ve extinguir, pierde la seña
 Y su hacha temblorosa cae al suelo....
 Mas pronto se reanima cuando advierte
 Con letras de diamante allá en el cielo
 Del gran Dios el decreto irrevocable.
 Entónces ¡ay! la Muerte
 Del moribundo aparta el rostro horrible
 Y haciéndose violencia inconcebible
 Dirige al héroe el golpe formidable
 Y de su misma accion huye espantada.
 Muere Margil, dejando consternada
 Con su muerte la tierra, que afanoso
 Rogado habia con su sudor copioso.
 Muere; y su muerte cruel dolor derrama
 En el pueblo que lo ama
 Con efusion sincera,
 Y que como su apóstol lo venera.
 ¿Donde ¡ó padre del pueblo mexicano!
 Encontrarémós un varon tan fuerte?
 Quién te remplazará? Quien podrá ufano
 Decir: yo soy, yo soy el heredero
 De su espíritu noble y generoso

Y camino con paso presuroso
 Por su seguro y celestial sendero?
 Yo su fe tengo, tengo su esperanza,
 Tengo su caridad y confianza
 En el Dios del amor: y he conseguido
 Su profunda humildad?....
 Calla, atrevido,
 No oigo yo tu pueril loca jactancia:
 Es humo tu arrogancia,
 Y tu hablar contradice al buen sentido:
 Murió Margil, el santo, el sin segundo
 Y á el solo vino estrecho el vasto mundo.
 ¿Pero que miro! ¿quien así se eleva
 Y el raudó vuelo hasta el Olimpo lleva.
 Cercado de un cortejo refulgente
 De ángeles santos, llenos de alegría?
 El hábito es lucido y trasparente
 Y bordado de ardiente pedrería.
 Lleva una joya al pecho de encendido
 Rubí, del cual colgada
 Una cruz va, de piedras esmaltada
 Y de valor subido.
 Verde, morado y blanco sus colores
 Son, que derraman vivos resplandores
 Del campeón noble el manto magestuoso
 Es también brillador; y flores varias
 Y piedras danle adorno decoroso
 Veo de tintas ternarias
 Blanca, azul y encarnada
 Que otra flor hermosísima le encubre
 La capilla, que cubre
 Del héroe la cabeza venerada:
 El cordón franciscano de plata era
 Y las sandalias de finísimo oro.

¡Pero quién es esa águila ligera
 Que así se eleva en sin igual decoro,
 Y con tan rauda vuelo
 Al estrellado cielo?
 Es Margil, es Margil.....! Júbilo, ó Santos!
 ¡Júbilo, ángeles bellos é inmortales!
 Abrios, abrios, ¡ó puertas eternas!
 Y que resuenen victoriosos cantos.
 Y tú, dulce María,
 Encanto de los cielos y alegría,
 Honra á tu siervo en su gloriosa entrada
 Al Empíreo. Su reina siempre amada,
 Eres tú, y también su dulce Madre.
 Llévalo al trono del Eterno Padre
 Para que allí le dé el abrazo estrecho
 Y en delicias le inunde el casto pecho.
 Al jardín admirable,
 Que á sus méritos tiene preparado
 El Jehová adorable
 Llevadlo ángeles santos, con presura:
 Llevadlo porque goce su ventura
 El varón animoso y estorzado.
 De ardiente pedrería, de oro y de plata
 Sus puertas son, sus muros y su suelo;
 Y su espléndido cielo
 Que el corazón ensancha y lo dilata.
 En medio de él una paloma estaba
 Muy más que el joven sol resplandeciente;
 Y de oro con tres perlas un pendiente
 Del pico le colgaba,
 Y una silla riquísima y radiosa
 Del jardín en el centro brilla hermosa....
 Mas ¡ay! que la visión ya desaparece,
 Ya vuelvo á tierra el rostro congojoso

Que solo existe en la celeste altura.
 Apenada y llorosa,
 Y el corazón del duelo se estremece:
 ¡Porque quién al bajar del alto cielo
 Puede hallar en la tierra algún consuelo?
 La pompa régia de tu cuerpo santo
 ¡O Margil! y el cordial y tierno llanto
 Con que honran tu virtud y tus despojos
 De la tierra las altas potestades
 Transmitirán tu nombre á las edades,
 Enjugarán el llanto de los ojos;
 Mas no derramarán la alegría pura,
 Que solo existe en la celeste altura.